En uno de los primeros días pensó si tal vez se había hecho muy viejo para ese lugar, asociado a sentimientos ambiguos desde su misma infancia. ¿Sería que la memoria de los días y las semanas felices vividos aquí, hacía tantos años, le había jugado una mala pasada?

Lo que en Bad Fusch se llamaba ahora Grandhotel era, en realidad, un hotel de tercera o una fonda con pretensiones. Bien es cierto que en aquel entonces –años noventa y todavía a comienzos del siglo– su familia e incluso los huéspedes más refinados no habían sido tan exigentes como hoy día a la hora de buscar alojamiento en los sitios de veraneo de la monarquía. A menudo se hospedaban en el dormitorio de los campesinos, quienes por su parte se mudaban al desván.

Tengo el orinal medio lleno debajo de la cama, se acordó, y no hay timbre ni menos un teléfono para avisar a Vroni o Kreszenz. ¿Por qué no me he quedado en Lenzerheide, con Carl, siempre tan bueno...? La habitación no estaba mal y la comida, exquisita... suiza, en fin: allí la infausta guerra no había hecho esos estragos. A diferencia de lo que se imaginó durante su estancia en el país helvético, ahora, en Fusch, tampoco lograba trabajar. Hasta el momento no le había sido posible aprovechar la calma para su labor.

De hecho, lo mejor aquí era, precisamente, la relación con el doctor Krakauer, y confiaba mucho en que no se trun-

EDICIONES PRE-TEXTOS

cara; sería un castigo demasiado duro por su desliz. Hacía tres días que Krakauer estaba desaparecido de la faz de la tierra; por otro lado, él había pasado la mayor parte del último tiempo sentado ante la mesita de su cuarto, junto a la ventana, sin poder creer que una vez más su fantasía, su facultad asociativa, lo había abandonado por completo.

Efectivamente, pensó, el encuentro con Krakauer se lo debo a mi colapso circulatorio, ¡al maravilloso azar de que sucediera en ese instante!

INOLVIDABLE mirada al fino ramaje, a la copa radiante del... haya, seguramente... vénulas, las líneas de la vida... ¿o era un arce? Cómo resplandecían las hojas, gualdas algunas, glaucas las más. ¿Cuántas cosas barrían en aquel trance mi mente? Han pasado cinco días –¿o cuatro?

–Me parece que podría incorporarse. ¿Quiere intentarlo? Si me permite, le ayudo.

Un hombre joven, con chaqueta loden verde grisácea, me sostenía la mano... al parecer, contaba las pulsaciones. Con su otra mano colocó un sombrero, el mío, en mi regazo. Hacía unos años me encontraba tumbado de idéntica manera... frente a la cancela de un jardín. En Altaussee, ante la villa de la baronesa... Lhotsky.

–¿Se siente mareado?

El bastón que el joven hombre sujetaba era el mío. ¿Qué había ocurrido?

–Respire –dijo–, respire pausadamente.

Un matrimonio de ancianos con traje regional, que se habían detenido al lado del hombre, empezaba a alejarse.

Había visto su cara en una ocasión. ¿Fue ayer? Si no recordaba mal, iba acompañado... de una señora mayor, quizá

EDITORIAL PRETEXTOS

su madre, con un sombrero de mucho vuelo. A cierta distancia se oía el rumor del coche de correos que pugnaba por subir la carretera de montaña a revoluciones muy altas.

–A ver el pulso... Permítame. –El hombre bajó la voz–. Señor von Hofmannsthal, ¿cierto? Mi nombre es Krakauer, soy médico. Su pulso parece haberse normalizado. Le he visto derrumbarse allí delante, después del paso de la cerca. Le hemos traído a este banco, los señores me han ayudado... En mi habitación de hotel tengo un tensiómetro... No es de extrañar. En el camino alto se podía observar literalmente la irrupción del *foehn*. Por la mañana no se apreciaba. Quédese sentado un momento más. Si puedo serle de ayuda, sólo tiene que llamar a la puerta de mi habitación en el hotel Post. Es la veintiuno.

"¿Cree que va a poder llegar solo al pueblo? –continuó–. No falta mucho. Tómese su tiempo, permanezca sentado otro rato, señor von Hofmannsthal. La baronesa se ha adelantado, queremos cambiarnos de ropa y tomar el té. Por cierto, ella le venera. Además, tienen ustedes una conocida en común: la princesa Marie von Thurn und Taxis.

¿Por qué estuvo a punto de sobresaltarse en ese momento? ¿Fue por la relación de la princesa con Rilke, ya de dominio público?

–Ayer le vimos en el Magenbrünnl, la baronesa le reconoció enseguida.

¿Fue el lunes? En cualquier caso, cenó con ganas.

UN AUTOMÓVIL con el motor muy revolucionado y por el tubo de escape expeliendo humo a borbotones se acercaba a velocidad de paso a la anteplaza del hotel. H. se detuvo un instante en la escalinata de la entrada y miró hacia el apara-

EDICIONES PRETEXTOS

toso vehículo, a su chófer con aquella gorra de capitán de barco; el coche llevaba la capota abierta.

Se apartó para franquear el camino a dos caballeros con largos abrigos y gorros de cuero que abandonaban el hotel. Hacía poco le había dicho a Carl: "Con ese atuendo de auto - movilista, encima con las gafas puestas, no reconocería ni a mis mejores amigos".

Cuando por fin se disponía a entrar en el vestíbulo, de nuevo tuvo que echarse a un lado para hacer sitio al criado Leo, que llevaba dos maletas en las manos y cargaba con otro par, de menor tamaño, bajo los brazos.

–Buenos días, señor von Hof... –le gritó, casi graznando.

El buen hombre se acordó a tiempo de lo que H. le había pedido por segunda vez una hora y media antes, cuando se habían cruzado en la calle que atravesaba el pueblo. Armado de una hoz, Leo estaba quitando la mala hierba junto a la pared del jardín de invierno, al tiempo que en voz alta... No sabía hacerlo de otra manera; simplemente se habría olvidado de que hoy ya se habían encontrado una vez. ¡Pero qué facciones más expresivas las de ese hombre! Impensable que pudiera disimular. Sólo que su falsete no se compadecía con la tosquedad de su cabeza. H. recordó lo amable que su padre había sido siempre con los sirvientes y que a él tanta gentileza le había parecido exagerada estando como estaban en las montañas, aunque después la hiciera suya. Notó cómo al otro lado de la calle una niña andrajosa los observaba hurgándose la nariz con un dedo; se trataba, al parecer, de la hija de alguna criada o cocinera. H. se hallaba ante la entrada del nuevo hotel, cuyo nombre se le había olvidado otra vez.

Mientras se encaminaba al mostrador de la recepción, se acordó de que el correo llegaba, como mucho, al mediodía. Algunos huéspedes parecían estar partiendo. Cerca del tre-

EDITORIAL PRETEXTOS

sillo del vestíbulo había una gran maleta de paja con dos paraguas encima.

¿Qué edad tendría Leo? Cuando H. llegó a Bad Fusch en el coche de correos –era la primera vez que no venía en carro de bueyes o diligencia– le impresionó y hasta conmovió ver que el hosco semblante de Leo, afanado en llevar las dos grandes maletas desde correos hasta la casa, comenzaba a iluminarse después de que lo reconociera frente al hotel. H. insistió en cargar con la bolsa de viaje.

–Anda, paghece mentigha, el señogh doctogh...

Menos mal que Leo no recordó su nombre en ese instante. Seguramente, pensó H., el impacto que me ha producido se debe a que este doméstico no me conoce como escritor famoso, sino como huésped que lleva viniendo muchos veranos, prácticamente desde mi juventud. Aunque, en realidad, su última estancia en el lugar se remontaba a muchos años atrás. Mientras ascendía a su habitación, pensó: ¿fue aquel verano en que, tras la muerte de mamá, no había modo de convencer a papá para que dejara Viena? No... Había sido en 1908, en aquel julio pasado por agua y con las cumbres nevadas cuando, separado de mujer e hijos, trabajaba en ese retiro de Fusch sobre el *Florindo*.

¿Qué edad tendría Leo ahora? Tuviera la que tuviese, le costó esfuerzo subir las maletas a la habitación del tercer piso. Le recordaba los personajes de campesinos y leñadores pintados por Alfons Walde y Albin Egger-Lienz.

AHORA le habría apetecido leer lo que Alexander von Villers decía en sus cartas sobre Bad Fusch, o Sankt Wolfgang, como se llamaba en su tiempo. Pero el primer volumen de la edición que se había llevado para el viaje se quedó en casa de

EDITORIAL PRE-TEXTOS

Carl, quien sucumbió de inmediato al encanto de aquellas epístolas. Villers más bien despotricaba de Fusch, recordó, y prefería pasar sus veranos en Ferleiten, en la fonda Lukashansl; por lo visto, subía a Fusch una o dos veces al año para vivir de cerca, durante unas horas, la actividad balnearia y sentirse después tanto más a gusto en Ferleiten. También él había pasado, hacía cinco años, un tiempo grato en esa localidad. ¿Por qué no se acordaría de Ferleiten cuando ya no aguantaba en Suiza y meditaba en un lugar donde quedarse la primera mitad de agosto, antes de proseguir la escritura en Altaussee, junto a su familia?

En 1919, estando muy enfermo y con media Viena padeciendo la gripe, se había retirado a ese mismo Ferleiten, situado al pie del monte Grossglockner, y había compartido durante tres semanas la cocina con los dueños de la fonda donde no había más huéspedes que él. ¿Se sentía capaz de recorrer el camino de los Príncipes hacia ese lugar? A lo sumo podría salvar el trayecto de ida, hasta la pendiente con los escalones tallados en la roca. Imposible que Ferleiten hubiera cambiado tanto como Fusch en los últimos años. A duras penas pudo reprimir el deseo de escribir a su mujer, de relatarle la gran transformación que se había producido en el pueblo, hasta el punto de que en su primer paseo le costó orientarse entre tanto edificio y casucha de nueva planta. Después, en su cuarto, casi se echó a llorar de decepción, aunque luego lo atribuyó al agotamiento causado por el fatigante viaje. Y a Gerty no le escribió, pues sólo se habría preocupado o quizá hasta le habría mandado a Christiane para atenderle. En Aussee, Gerty estaba feliz de tener por fin a todos sus hijos congregados en torno a ella, en particular a los dos muchachos que en breve volverían a escapar a los cuatro vientos.

Quiero acostumbrarme a todos estos cambios, se propuso a sí mismo. La calle mayor, más ancha y, según le pareció,

EDITORIAL PRETEXTOS

aún más polvorienta, atravesaba en forma de S el diminuto lugar, infestado de construcciones y con las casas sucediéndose casi sin solución de continuidad, con hoteles, dependencias, la oficina de correos, la tiendecita, el *kursaal*; a la salida de la localidad, incluso había una villa pintada de amarillo imperial. En pleno centro, del lado de la montaña y sobre un alto, la pequeña iglesia, inmutable; a su espalda, un sendero levemente ampliado ascendía a la laguna de los bañistas y la fuente del Príncipe. La ladera detrás del Grandhotel, antes de arbolado tupido, estaba completamente rala en su parte inferior. El empinado camino del bosque, al norte, se ofrecía a la vista; expuesto al sol de esta manera, debía de ser trabajoso caminar hasta lo alto del Kreuzköpfl.

BUEN angelito mío: El portero acaba de entregarme el mazo de correo que me has reenviado. Estoy sentado en la sala de lectura con algunos periódicos, esperando a poder pasar al comedor. Anoche, a la hora de cenar, me dejaron tu telegrama encima de la mesa... Me alegré enormente de que estéis bien y regocijantes. Cuando incluso aquí arriba hace tanto calor como hoy y los tábanos pican y la gente se tumba alrededor de la laguna, pienso en vosotros, en que también estaréis tumbados en la playa de Altaussee y nadaréis...

La estancia en Lenzerheide fue muy bonita, el bueno de Carl me cuidó de forma enternecedora –como en un loquero, se me ocurrió pensar una vez...–. Entretanto habrás recibido las postales que te mandé desde allí. Disculpa que no fuera capaz de escribirte una carta. En julio, hasta la última buhardilla de todos los Grisones está reservada ya con meses de antelación. ¡Quién pudiera ser dueño allí de una fonda! La temporada dura ocho semanas, entonces han ganado lo suficiente y

EDITORIAL PRETEXTOS

viajan a París o Cannes. Hasta me despejaron una buhardilla para que me sirviera de cuarto donde escribir, me colocaron una mesa y un butacón y trajeron una bonita alfombra de su propia vivienda. No pararon de preguntar si la comida me probaba bien; en resumen, fonderos así no existen en nuestro país. La criada es muy guapa y tiene buenos modales. Y fuera, en el pasillo, hay un cubículo para planchar, donde una planchadora limpió mi traje gris de todas las manchas de polvo que tenía.

Es raro que nunca haya subido a Fusch contigo. Seguramente, recordando mi propia niñez aquí arriba, quería evitárselo a nuestros hijos. Además, a ti te habrían faltado las comodidades a las que estás acostumbrada.

¡Con qué alegría pienso una y otra vez en el hermoso viaje a Italia que hicimos en mayo, sobre todo en Siracusa! No te dije lo que me estuve imaginando junto a la fuente de Aretusa: alquilar un cuarto allí en aquel mismo instante y quedarme todo el verano para trabajar en el Timón. *En ese caso tendrías que haberme mandado mis carpetas y el resto de cosas que suelo necesitar...*

Pienso en cómo Isepp, junto al templo de Segesta, dijo: ¿No encontráis que desde la distancia, mientras subíamos, parecía más bello? Grácil. Y ahora estas columnas masivas, monumentales... Pienso en cómo nos recordó el modelo primoroso del templo jónico en el museo de Palermo...

En efecto, la cercanía, había meditado él en Segesta. Y: ¿qué dios habría de rondar por allí? Todo esto está por encima de nuestras facultades imaginativas, al menos de cualquier medida humana. Y había vuelto la mirada buscando a Gerty...

Pero hoy he pensado en suspender la presente estancia en Fusch y reunirme con vosotros en Aussee. He considerado mandarte un telegrama preguntando si las habitaciones en nuestra casita siguen ocupadas...

EDITORIAL REFLEXIOS